



© EUNA
Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo
Costa Rica
Teléfono: 2277-3825
Correo electrónico: editoria@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© A los cuatro vientos
Daniel Quirós Ramírez
Primera edición 2009
Primera Reimpresión 2010

Producción editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr
Diseño de portada: Carlos Fernández, con base en una ilustración de Sofía Quirós.

CR863.5
Q8a Quirós Ramírez, Daniel.
A los cuatro vientos / Daniel Quirós Ramírez. — 1a. ed. 1a. Reimpresión — Heredia, C.R. : EUNA, 2010.
122 p. ; 22 cm.

ISBN 978-9977-65-317-4

1. CUENTOS COSTARRICENSES.
2. LITERATURA COSTARRICENSE. I.
Título

De conformidad con la Ley N° 6683 de Derechos de Autor y Derechos Conexos es prohibida la reproducción de este libro en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo el FOTOCOPIADO, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso escrito del editor.

Cajitas de cartón

A Irene le gustaba el atardecer porque era el comienzo de su día. No se sentía a gusto durante las horas de sol, cuando las siluetas del hormiguero humano caminaban como almas perdidas afuera de su ventana. El final de la tarde, cuando el sol pintaba las paredes de oro, era como un suspiro lejano que le aseguraba que estaba un día más cerca de su muerte. El tiempo pasaba, superfluo, gastado, con olor a sinsentido, teñido con las alucinaciones de días, semanas, meses y años. Nada tenía sentido, sólo el atardecer.

Afuera, el viento tímido de setiembre pasaba casi inadvertido entre el ramaje del almendro frente a su ventana. A cierta hora, cuando el sol se reflejaba en la rama más próxima a su estudio, ponía la tetera a hervir y buscaba la bolsa de café que le mandaba su madre por el correo desde su lejana patria todos los meses. Abría la bolsa despacio, dejando que la memoria de su niñez se esparciera por el apartamento con un olor a cafetales, lluvia y cilantro. Después, hundía la cucharita de plástico en el polvo oscuro, dejándolo caer dentro del *french press* como en un reloj de arena. Mientras hervía el agua, apoyaba sus manos en el pequeño borde frente a la ventana, complacida en ver el día agonizar en destellos de naranja y púrpura.

El estudio estaba localizado sobre una pequeña loma, detrás del almendro y tres palmas con frondas

tupidas. Era una guarida de espía donde se podía mirar a los transeúntes y los carros sin ser observada. La ventana era el último hilo que la ataba al mundo exterior. Se prefería así, anónima a los movimientos afuera de la ventana, como cuando de niña se hundía hasta el fondo de la piscina para escuchar los sonidos distorsionados, esperando hasta el último momento posible, cuando sus pulmones ardían con la necesidad del aire y tenía que buscar la superficie más como un instinto que como un deseo.

La tetera hervía, llamando a Irene de su lugar frente al vidrio polvoriento. La tomó con una pequeña toalla morada, volcándola sobre la taza y mirando el agua caer detrás de una nube de vapor. Afuera de la ventana, la vibración de un motor llenó la calle de anticipación. Unos instantes después Irene miró el camión de mudanzas aproximarse a los apartamentos frente a su estudio. Eran seis apartamentos, llamativos porque le daban a la cuadra un aspecto de barrio en San Francisco, algo poco común para el sur de California. Tenían fachadas idénticas pintadas de un gris claro, con ventanas grandes que dejaban la luz y las miradas inquisitivas entrar. La mayoría de las noches Irene las pasaba en la oscuridad de su apartamento, sentada frente a su ventana con una taza de café, entrando inadvertida en las vidas de sus vecinos. Durante las noches de las últimas dos semanas las luces del apartamento #3 habían estado apagadas. La pareja que vivía allí se había separado. Irene los había visto pelear noche tras noche, sin saber qué se decían, convencida de que la mujer tenía un amante. No se sorprendió de que se hubiese alquilado el espacio tan rápido, ya que era un área bastante codiciada.

El motor se apagó a la misma vez que Irene se sentaba a la mesa junto a la ventana. Era un camión inmenso, probablemente el más grande que había tenido la compañía de mudanzas cuyo logo aparecía sobre los costados. De él descendió un hombre de estatura mediana, jeans y camiseta negra. No tenía ningún rasgo excepcional, nada que lo haría resaltar en un grupo de personas. De hecho, Irene sintió un poco de culpabilidad al notarse decepcionada de su nuevo vecino. Durante las próximas horas vio al hombre solitario descargando el camión, llevando de caja en caja todas sus pertenencias. Siempre llevaba el mismo ritmo y orden: se subía a la parte trasera del camión, empujaba una de las cajas hasta el borde, bajaba, tomaba la caja en sus manos, subía las nueve gradas que llevaban a la puerta principal del edificio, doblaba a la derecha, desaparecía detrás de la pared del corredor por unos segundos, reaparecía en la puerta del apartamento vacío, dejaba la caja junto a las otras y descendía para repetir el proceso. Lo sorprendente era que todas las cajas eran exactamente iguales, cuadrados pequeños de seis pulgadas en cada lado, del mismo cartón, sin marcas, sin nada más que un pedazo de cinta adhesiva extendida sobre la parte superior e inferior del cuadrado.

Durante varias horas el hombre subió y bajó las gradas con las mismas cajas pequeñas. De sorbo en sorbo, de café en café, Irene lo seguía con los ojos, pensando que el hombre duraría una eternidad descargando ese camión inmenso de cajita en cajita. A medianoche el hombre bajó las escaleras del edificio, abrió la puerta derecha del camión, sacó una pequeña

bolsa y se sentó con ella en la tercera grada del edificio. En la bolsa había una botella de agua, un sándwich, una galleta y un palillo de dientes que el hombre usó mientras miraba las estrellas y hacía la digestión.

Irene no entendía su curiosidad por aquel hombre misterioso. No era atractivo, no llevaba ropa llamativa y no lo había escuchado pronunciar palabra alguna. Era algo en la manera en que cargaba sus cajas. No lo hacía con felicidad o con tristeza, no iba demasiado rápido ni demasiado despacio, ni siquiera parecía tomar conciencia del mundo a su alrededor; caminaba sin apuro, con el paso relajado de alguien que pasa un domingo en el parque. Caja tras caja seguía el mismo ritmo, los ojos siempre hacia el frente, la postura erguida, como si estuviera orgulloso de sí mismo, complacido en llevar sus cajas al cuarto y volver. A las tres de la mañana el hombre cerró la puerta trasera del camión, subió las gradas y entró al apartamento vacío. El cuarto ya estaba bastante lleno y el hombre tuvo que abrirse un espacio entre las columnas de cajas para acostarse en el suelo alfombrado a dormir.

Después de una hora de estar sentada en silencio mirando la oscuridad del apartamento frente a su estudio, Irene también decidió irse a acostar. Pero no podía dormir. Cambiaba de lugar, volteaba sus almohadas, perseguía el hilo del sueño entre las cobijas sin poder olvidar el rostro del hombre de las cajas. Lo miraba en el pizarrón de su inconsciente, subiendo las nueve gradas, llevando de una en una las cajitas de cartón a su cuarto. ¿Por qué no había empacado sus cosas en cajas más grandes? ¿Por qué no llevaba varias cajas a la vez? Así duraría menos tiempo, sería más eficiente,

terminaría más rápido. ¿No tendría algún familiar o amigo que lo ayudara? Con más personas ayudándole descargaría el camión sin problemas, seguramente el doble más rápido. Cuando el amanecer pintó las sábanas blancas con sus manos de mañana tímida, Irene aún no dormía. En el silencio de la madrugada, del ventilador de techo circulaba un aire suave. Las aspas rodaban e Irene se entretenía contando el número de veces que completaban un círculo alrededor de un pedazo manchado en el techo: 52... 83... 112... 174... 222. Entre cada cuenta persistía el rostro del hombre de las cajas. ¿Contaría él sus cajitas de la misma manera?

Irene se levantó sudando, ansiosa, como si no reconociera las mismas sábanas viejas y el cielorraso manchado por el que circulaba el aire del ventilador. Abatida, se levantó a prepararse un café. Frente al apartamento aún estaba estacionado el camión como un gigante inofensivo. El reloj de la cocina marcó las 2:30 cuando Irene vio al hombre de las cajas descender las gradas de su edificio, comprar un periódico y dirigirse hacia el café de la esquina. Irene preparó la avena de todas las mañanas y se sentó junto a la ventana a esperar, su mirada encadenada a la esquina de la cuadra. A las 5:30 el hombre de las cajas salió del café y se dirigió hacia el camión. Desde el atardecer hasta el amanecer continuó bajando cajitas idénticas a las de la noche anterior. A medianoche se tomó el mismo descanso, en la misma grada, con el mismo sándwich y la misma galleta. A las tres de la mañana el hombre se abrió un espacio en el cuarto repleto de cajitas y se acostó sobre el suelo alfombrado a dormir.

El mismo horario continuó por dos semanas: el hombre descargaba el camión durante la noche e Irene seguía cada uno de sus movimientos con una curiosidad que no entendía.

Adentro del apartamento del hombre ya casi no había espacio, solamente un caminito angosto, que iba desde la entrada al centro del cuarto y luego al baño, se abría espacio entre las columnas de cajitas. Irene no dormía bien, tratando de entender por qué el hombre no había abierto las cajas, o por qué aún dormía en el suelo, rodeado por las montañas de cajitas. Era inconcebible que alguien decidiera empacar su vida en esas cajitas tan pequeñas, perdiendo tanto tiempo en descargarlas y almacenarlas. ¿Qué podían contener? Tal vez un plato, un vaso, una camisa, un zapato, un sombrero; algo que de poquito en poquito se pudiera juntar para formar una vida o un propósito.

Exactamente dos semanas después de su llegada, poco antes de las tres de la mañana, el hombre bajó la última de las cajitas. Adentro del camión no se veía más que el reflejo de la noche, y el apartamento #3 estaba saturado de cartón. Irene sentía que los latidos de su corazón en el silencio de la madrugada tumbaban dentro de su pecho al ritmo de las aspas del ventilador: 52... 83... 112... 174... 222. Estaba segura de que ahora el hombre abriría las cajas, empezaría a sacar de ellas el misterio que la consumía. Pero el hombre de las cajas no enseñó emoción alguna. Si estaba feliz de haber completado su trabajo, no se le notaba. Después de dejar la última cajita en el apartamento, el hombre no cambió su expresión, ni su caminata tranquila y pausada. Faltaban cinco minutos para las tres de la madrugada cuando el hombre bajó las gradas, cerró la

puerta trasera del camión con un candado que tenía en la bolsa, y volvió a dormir en su espacio acostumbrado sobre la alfombra. Irene no podía dormir, aterrada ante la posibilidad de que el hombre empezara a abrir las cajas sin que ella observara. Decidió esperar, convencida de que al día siguiente todo se resolvería.

Al otro día, el hombre descendió las gradas a la hora acostumbrada y se dirigió al café de la esquina. Irene pensó que después de salir el hombre tenía que empezar a abrir las cajas, de por sí le gustaba trabajar de noche. Pero cuando el hombre salió del café a las 5:30 y entró al apartamento repleto de cajitas, no hizo nada. Después de ir al baño se acostó sobre el piso rodeado de cajitas, cruzó los brazos detrás de la cabeza y se quedó contemplando el cielo afuera de su ventana. La noche llegó como la marea, lentamente, envolviendo el cielo con una luna clara de octubre. Una brisa suave movía las ramas del almendro, dibujando un rompecabezas de sombras sobre las paredes blancas del estudio. Sentada en la oscuridad, Irene podía ver la silueta del hombre, aún acostado entre las cajas, aún con los brazos cruzados detrás de la cabeza, contemplando las estrellas. Esperó. El cansancio la acechaba, sus nervios alterados por los efectos de la cafeína. Se impacientaba buscando algún movimiento, la más mínima señal de algo. Pero nada pasó. Al amanecer, Irene se hizo otro café y miró al hombre dormido tranquilamente entre las cajitas de cartón.

A las 2:30, el hombre entró al café de la esquina. Salió a su hora acostumbrada y se dirigió al camión estacionado. Va a hacer algo, va a hacer algo, pensó Irene. Después de abrir la puerta trasera del camión,

el hombre subió las nueve gradas y entró en el apartamento lleno de cajas. Irene se había levantado de su asiento, acercándose a la ventana como una niña que encuentra sus deseos detrás del vidrio de una tienda. No se había dado cuenta de que las manos apretaban el borde adjunto a la ventana, hundiendo las uñas en la pintura blanca. El hombre tomó una cajita, salió al pasillo, descendió las gradas y cargó la caja en el camión vacío. Irene sintió que perdía la fuerza en las piernas. Cayó exhausta en la silla junto a su ventana, viendo desesperadamente como el hombre continuaba su labor en inversa. Ni siquiera un cambio se vislumbraba en el rostro del hombre. Su expresión era la misma, al igual que su postura orgullosa y paso tranquilo. De cajita en cajita, el hombre volvía a llenar el camión.

Durante dos semanas Irene miró al hombre trabajar. De una en una las ventanas de los otros apartamentos se oscurecían y el silencio de la madrugada traía los ladridos dispersos de perros y el zumbido de carros pasajeros. En esa soledad, Irene seguía el eco de los pasos del hombre de las cajas. Lo veía contra la luz de la calle solitaria, una silueta humana que parecía perseguir su propia sombra en el bajar y subir de las gradas. Noche tras noche trabajaba, terminando siempre en el mismo espacio del suelo alfombrado, dormido como un niño despreocupado. Mientras tanto, las montañas de cajitas comenzaban a desvanecerse como un hormiguero que se desmantela de borona en borona.

Irene no podía alejarse de la ventana. Comenzaba su día cuando el hombre se dirigía al café de la esquina. Con ansias esperaba el momento en que empezara la

marcha nocturna. A veces sentía que acompañaba al hombre mientras subía las gradas por última vez y buscaba su lugar acostumbrado en el suelo alfombrado del cuarto. Gracias a la luz que alumbraba la calle y que entraba como un hilo de sol por la ventana del apartamento del hombre, lo podía ver acostado sobre la alfombra, deseando poder acariciarle el cabello mientras dormía. Cuando finalmente buscaba sus propias cobijas viejas, Irene era invadida por visiones de cajas y por la marcha constante de ese hombre que las cargaba como un mar que no cesa. En las mañanas despertaba exhausta, sin acordarse de si había dormido o no. Frenéticamente buscaba el reloj junto a su cama, asegurándose de que aún no era la hora en que el hombre descendía las gradas para dirigirse al café de la esquina.

Dos semanas exactas tardó el hombre en llenar el camión. La última noche, cuando el hombre finalmente cargó la última caja en el camión y cerró la puerta trasera con el candado que tenía en su bolsillo, Irene no durmió del todo. Anticipaba cualquier cosa. Sentada en la oscuridad, donde luego la encontrarían los pasteles suaves del nuevo día, batallaba entre el deseo de que pasara algo y el terror ante la posibilidad de que todo terminara. Ese día el hombre de las cajas no hizo nada, igual que cuando había terminado de descargar el camión. Sin dormir, sin alejarse de la ventana, tomando taza tras taza de café, Irene esperaba con una impaciencia que crecía como una sensación física. Cuando finalmente el hombre salió del café a las 5:30 del segundo día, Irene pensó en gritarle a través del vidrio, de prevenir que hiciera lo que fuera a

hacer. Tranquilamente el hombre abrió la parte trasera del camión y tomó una de las cajitas de cartón. Lo va a descargar otra vez, pensó Irene, no puede ser. Pero el hombre no comenzó a descargar el camión. Tomó la cajita de cartón que tenía entre las manos y la dejó sobre la acera frente a los apartamentos. Después volteó la cabeza hacia Irene. No podía ser que la estuviese viendo, que la hubiese notado en esas noches de carga y de descarga. Pero tampoco era posible negar que por unos instantes, una eternidad de segundos, la miró, indudablemente la miró. Después, sin decir nada, sin más aviso que el mismo paso tranquilo, el hombre cerró la puerta trasera con el mismo candado, subió al camión y encendió el motor. De pie junto al vidrio, Irene miró el camión alejarse.

Sin saber por qué, Irene corrió hacia la puerta del estudio. Sentía como si se viese desde afuera, como si el cuerpo nunca se hubiese alejado de esa silla frente a la ventana. Desde lo alto, detrás del almendro y las palmas, se miró atravesar la calle y dirigirse hacia la cajita sobre el pavimento. El sol pintaba la fachada de los apartamentos con el oro del trigo. Volteó la cabeza, casi esperando mirarse detrás de la ventana sobre la pequeña loma. Después se agachó, tomó la cajita de cartón en las manos y la comenzó a abrir. El viento frío anunciaba la proximidad de la noche mientras Irene desprendía la cinta adhesiva sobre la parte superior de la cajita. Sentía que se veía a sí misma, en esa calle desolada, junto a esos apartamentos al estilo de San Francisco, sosteniendo una caja vacía al anochecer.